

## Centenario de don Ricardo Carrasquilla

Se ha dicho que al disolverse la gran Colombia, nuestra patria se refugió en un colegio. Exacta es tal expresión, no sólo por lo que atañe a la época posterior a la disolución, sino también por lo que se refiere a la época anterior a tal acontecimiento. De modo que tal expresión podría ampliarse así: desde el descubrimiento de la Nueva Granada, la que es hoy nuestra patria, estuvo concentrada en un colegio.

Apenas constituídos los cabildos, erigidas algunas parroquias y entregados varios latifundios a los conquistadores, los padres de la Compañía establecieron cátedras de religión y humanidades, amén de una especial para los regnicolas, en donde se les enseñaba la doctrina cristiana en lengua muisca. Algún tiempo después, don Bartolomé Lobo Guerrero fundaba el Real Seminario que lleva su nombre, y casi en seguida, Fray Cristóbal establecía el Colegio Mayor, bajo la advocación de Nuestra Señora del Rosario. El *pensum* se fue ampliando con el tiempo y el número de alumnos aumentó de modo considerable. Se estudiaban todas las ciencias y artes, tal como se hacía en España, pero predominaba la lectura de la teología, la filosofía y la gramática. La tendencia hacia estas disciplinas hizo decir a un virrey, en su Resolución de mando, que los naturales del Nuevo Reino mostraban muy buenas capacidades y eran muy aficionados a esta clase de estudios, pero no así a otros como los de medicina y matemáticas.

Lo anterior saca verdadero el pensamiento escrito arriba, y demuestra la disposición de nuestro pueblo por los estudios y su preferencia por los clásicos. En esto radica, a nuestro entender, el espíritu marcadamente legalista que constituye el *alma mater* del pueblo colombiano y da

la clave de un hecho histórico, a saber: por qué los mandatarios de Colombia han sido, por regla general, varones de saber formados en el estudio y por qué el suelo de la patria ha sido estéril para el caudillaje ignaro y atropellado.

En la época heroica de la Independencia, brilló el valor aunado al saber entre los dirigentes del movimiento. Naríño estaba al tanto del movimiento filosófico de la época; Torres era jurisperito y latinista insigne; Caldas, un sabio; Santander se había asimilado a los tratadistas que habían escrito sobre derecho público; el joven Ricaurte había hecho algunos cursos de humanidades; Acevedo Gómez conocía la elocuencia de los antiguos y así los demás. San Bartolomé y el Rosario habían engendrado los patriotas, los mártires y los hombres de ciencia.

En la época subsiguiente, que comprende la organización de la República y el primer período de su desarrollo, surgieron hombres que brillaron por su saber en los diversos campos de la humana actividad: Manuel María Mallarino, Mariano Ospina, Caro el mayor, Florentino González, por no citar sino unos pocos, y los estudios que entonces se cursaban fueron intensificados y ampliados. En la época inmediatamente posterior, aparecieron ciudadanos ilustres, como representantes de una tradición gloriosa, formada por la virtud, el estudio y el saber. Cierto que en esta última época, el espíritu sectario, que más debe calificarse de retardatario, suprimió de un tajo los estudios clásicos y mostró particular inquina contra la lengua de Cicerón y de Virgilio, contra la que es madre de las lenguas romances, por el solo hecho de ser el idioma oficial de la Iglesia. Hoy se empieza a virar de bordo, a recoger velas, pero ha sido preciso que

los libre-pensadores ilustrados de Europa hayan dicho a los libre-pensadores sin ilustración de nuestra patria, que no puede haber verdadera cultura intelectual si no está cimentada en la cultura clásica.

La abolición de esos estudios trajo como consecuencia el debilitamiento intelectual, y esa supresión explica por qué los fundadores y organizadores de la República fueron más ilustrados y eruditos que los hombres que se formaron entre el odio a los estudios clásicos y el amor a las sociedades demagógicas.

De 1886 para acá, el arco empezó a enderezarse, y Dios quiera que vuelva a su natural posición y recobre su severo aplomo.

Don Ricardo Carrasquilla formó parte de la generación que vino a raíz de la organización de la República, en medio de las terribles conmociones en que se fundió nuestra nacionalidad, cuando salían para el exilio preladados y ciudadanos ilustres, cuando todo individuo, aún el más pacífico, tenía que ser soldado y cuando por estas causas los estudios habían declinado.

Atendiendo a estas circunstancias, y considerando ese medio como perspectiva, es como debe estudiarse la personalidad de Carrasquilla, que bien puede compendiarse así: como resultante del medio en que le tocó vivir no pudo sustraerse totalmente a él, y por eso fue soldado del batallón «Salamina», y peleó, como bravo, en la batalla del Puente Real de Bosa. Superior a la vulgaridad ambiente de su época, formó la *élite* intelectual, con Marroquín, Caro, Samper, Galindo, Camacho Roldán, Valenzuela el jesuíta, Valenzuela el publicista, José María Vergara, Pombo, Quijano Otero, Becerra, Eliseo Santander y algunos otros más, *élite* que conservó la tradición del saber y que fue la bautizante de la Atenas Suramericana, «Atenas que fue», según expresión de Eliseo Reclus. Descendiente de cristianos viejos, no incurrió en ninguno

de los errores predominantes entonces, y tuvo la fe sincera del carbonero y la fe ilustrada del apologista. Espíritu inclinado por naturaleza al estudio, se educó a sí mismo y educó a los demás, y de raza pura, hidalga y procerca, chocoano por nacimiento, fue bogotano por adaptación, hasta tal punto que se le puede calificar como el tipo auténtico del santafereño, como representante de esa Santa Fe, que hemos visto hundirse lentamente en el pasado, con su hidalguía, su gentileza y su gracia y de la cual apenas queda el recuerdo grato y doloroso de lo que se va para siempre.

He vivido en Santa Fe,  
aunque nació en el Chocó,

dijo don Ricardo, con mucha exactitud, en su autobiografía.

La adhesión a la virtud y al bien, constituyó la idiosincracia de don Ricardo Carrasquilla; grandeza de carácter se llama esa virtud, que no la constituye una sola cualidad sino un conjunto excepcional de raras circunstancias. El amor hacia el bien indica un ánimo excelso, y lleva, según la expresión del orador romano, «a la penetración de la verdad», y según el concepto cristiano acerca el espíritu a la Regla Suprema para acomodar a ella las acciones de la vida; por eso la palabra infalible ha dicho: *Initium sapientiae timor Domini est.*

Fuera de algunos pocos estudios hechos bajo la dirección de maestros y de unas clases de latín que recibió del traductor de Virgilio, la formación intelectual de don Ricardo fue obra propia; aprendió enseñando y por eso le cuadra muy bien el pensamiento de Sócrates, cuando se dice que el magisterio es un alumbramiento espiritual. Y no enseñaba el señor Carrasquilla como se hacía entonces, ni su ilustración era poca. Al principio que dominaba en algunas escuelas y que estaba sintetizado en

estas palabras: «la letra con sangre entra y la labor con dolor», sustituyó la bondad, la suavidad en el trato y el estímulo personal; y el sistema memorista, lo reemplazó por el de la explicación y la conferencia, adelantándose así a sus coetáneos; por eso las clases de don Ricardo eran amenas, provechosas e instructivas y su «Liceo de la Infancia» alcanzó justo renombre, porque en ese instituto se preparaba el porvenir de la juventud y se asentaban los fundamentos de su ulterior fortuna. Si no es exacta la teoría helveciana, que la educación es capaz de amoldar cualquiera voluntad y cualquiera índole, si es verdadero el dictado antiguo, de que mejora a los buenos y hace buenos a los malos.

Y esa fue la labor de don Ricardo, como institutor: enseñar con la palabra y el ejemplo, formar el corazón de los jóvenes, modelar sus almas, e iluminar su espíritu, para que más tarde fueran muchos de ellos, como acaeció, representantes de una tradición de cultura.

Conoció el señor Carrasquilla las matemáticas, la historia, la gramática y algunos idiomas, pero en lo que brilló fue en la filosofía. Su carácter idealista lo inclinó hacia Platón y San Agustín y su penetración de la verdad, unida a sus conocimientos, lo llevaron a escribir sus célebres *Sofismas anticatólicos vistos con microscopio*, síntesis admirable de sabiduría y refutación concluyente de sistemas erróneos. Para condensar en pocas frases la refutación de un sistema, de una proposición, o de una tesis, es preciso además de poseer talento, haber leído y estudiado mucho, del mismo modo que una fórmula algebraica es el resumen y la expresión de largos y complejos cálculos y operaciones. Los célebres sofismas anticatólicos indican a las claras que don Ricardo había leído la *Suma*, conocía a San Agustín, Balmes, Augusto Nicolás y De Maistre, y no le eran extraños Tracy y Herbet Spencer.

La lectura de los *Sofismas*, y las enseñanzas que de

ella se desprenden, no han perdido su importancia y hoy, con solas dos de las proposiciones enumeradas en ellos, y sus consecuenciales, se podría refutar victoriosamente el libro de Félix Le Dantec sobre el ateísmo, publicado en estos tiempos y que la ignorancia materialista ha recibido con aplausos. «A medida que se perfecciona el anteojo, se perfecciona la visión, luego el anteojo ve. A medida que se perfeccionan los órganos del cuerpo, se ejercen mejor las facultades del alma; luego la materia piensa, quiere y siente», dijo don Ricardo há mucho, y nosotros damos traslado de esto a la sapiencia materialista.

En esos *Sofismas* se descubre el alto sentido filosófico y moral que poseyó don Ricardo y la forma persuasiva y clara que le era peculiar en sus exposiciones. Es a través de los escritos y actuaciones de los hombres como se estudia su psicología y se reconstruye su personalidad y así es como hoy se hacen los estudios críticos. En esos *Sofismas* están virtualmente contenidas las tesis que más tarde propuso, desarrolló y demostró magistralmente en su obra *Ensayo sobre la doctrina liberal*, un hijo ilustre de don Ricardo, obra de gran aliento y de una contextura formidable.

Las *Máximas* de don Ricardo envuelven altos pensamientos y son expresiones de verdades tan inconcusas, que hacen recordar a los grandes pensadores. «El odio a los jesuitas es el primer paso en la apostasia», dijo don Ricardo, y esta es una verdad que diariamente demuestra la experiencia. «El que perdona una injuria vence a su ofensor, porque se hace superior a él», es una máxima de don Ricardo que encierra un tratado de moral social.

La obra literaria de don Ricardo está comprendida bajo el epígrafe de *Coplas*, puesto modestamente por su autor. Pero esas poesías, festivas en lo general y en donde a veces campea la sátira, no fueron hechas para que

se las llevara el viento. Hoy se leen con la misma delectación con que se recitaban antes y esto depende de que hay en ellas un acervo de ingenio, y un gran fondo de delicadeza y ternura. Además de las composiciones jocosas, produjo el señor Carrasquilla algunas serias, que lo acreditan como poeta auténtico y de alto vuelo, por ejemplo, *El abrazo* y *Los soldados de Colombia*. A la luz de todas esas composiciones se ve que don Ricardo no era un emotivo, como hoy se dice, sino un sentimental, pero cuyo sentimiento estaba encausado por su índole filosófica y en esto puede compararse con don Rafael Pombo.

No hay hombre que no tenga sus caprichos, y don Ricardo, como hijo de Eva, tuvo uno, en materias literarias, a saber: su repulsión a escribir en prosa, que proveía de la creencia de que no podía hacerlo, creencia infundada y que al no haber existido, habría hecho de don Ricardo uno de los mejores prosistas de la lengua, porque además de su facultad de asimilación, conocía los clásicos castellanos. Como fue orador, ha podido ser periodista, y escritor de recia envergadura. Sus facultades innatas de orador, porque no hay que creer que el orador se hace, sino que nace también como el poeta, brillaron en sus discursos y exposiciones de carácter religioso, hijos de su fe ilustrada, de su convicción y de su amor a la Iglesia; fue a este respecto, y valga la expresión, un sacerdote laico.

La piedad acendrada fue natural en don Ricardo; pero no esa piedad que consiste únicamente en manifestaciones y prácticas externas, sino la que, al decir de Nieremberg, radica más en la verdadera contrición y amor de Dios, que en la mera devoción. Por eso no era un pecado, ni un espíritu cohibido por los escrúpulos y de ahí que sin apartarse de las normas de la rectitud y buena conciencia, brillara en las reuniones sociales y hubiera sido buen amigo de muchos librespensadores e indiferentes de

su época, con quienes discutía sobre toda clase de asuntos, especialmente filosóficos y morales.

La obra de don Ricardo, como poeta, escritor y apologeta, ha podido ser más amplia e intensa, pero ante esta posibilidad, debe tenerse en cuenta el medio el medio en que actuó y sus personales circunstancias; formar y educar una familia con sus propios y exclusivos esfuerzos; sostener un plantel de educación que no gozaba de ninguna prerrogativa ni favor oficial: trazar e imponer una orientación educacionista cristiana, antagónica a la entonces en boga, y hasta crear las mismas armas y elementos para el combate. Fue, pues, una vida activa e intensa y por eso es de admirar que hubiera podido don Ricardo dejar obras que resisten el paso del tiempo y el análisis más severo. Sus actividades y facultades las desplegó también en lo que hoy se llama la acción social católica, y por eso fue con Mario Valenzuela, Liborio Escallón y algunos pocos más, uno de los fundadores de la Sociedad de San Vicente de Paúl, en esta ciudad.

Sé hombre, dijo David a Salomón en su testamento, y Horacio califica de varón justo y sabio al que es tenaz en sus propósitos para el bien; don Ricardo fue un hombre, y hombre de Cristo, de una voluntad constante y tenaz, y por eso dejó honda huella de su actuación y su figura se destaca, al siglo de su nacimiento, en el cuadro donde brillan los varones ilustres de la República, para quienes la justicia está pidiendo, como lo observó acertadamente el señor Suárez, la consagración en mármol o en bronce.

La actuación de hombres como don Ricardo sacan verdadero el dicho de Aristóteles, de que el hombre es un dios mortal nacido para el pensamiento, o este otro de Pascal, el hombre es una débil caña que piensa. Ya se acepte el concepto del gran filósofo o el dictamen del au-

tor de los *Pensamientos*, resulta patente esa chispa inmortal, emanación de esa Luz eterna, que a todos atrae, ilumina y vivifica: para ella toda gloria y alabanza; sí, alabanza y gloria porque en su bondad infinita, crea ejemplares de la raza humana, destellos de su sabiduría y modelos propuestos a los hombres.

LIBORIO ESCALLÓN

(Del *Mensajero del Corazón de Jesús*)



Universidad del  
**Rosario**

Archivo  
Histórico

